



La pluma y la palabra

No sé si todas las historias de vida que merecen ser contadas refieren a situaciones inusuales que sobresalen por lo inédito, o sólo porque quien las cuenta está emocionalmente ligado a ellas, o simplemente por las ganas de testimoniar. Y en esto de contar, hay sucesos reales cuya credibilidad puede ser puesta en duda por quien no ha sido protagonista. En este relato se juntan varias de estas razones.

Empezar a contar dando rodeos, tomando caminos alternativos creo que se debe a que reconstruir los hechos que sucedieron me genera una encontrada mezcla de sensaciones ambiguas que lindan con desasosiego. Por eso prefiero comenzar con la frondosa flora del lugar en vez de su fauna. Iniciar el viaje desde lo vegetal, es ir hacia el espacio natural que puebla el fondo de la casa en que vivimos. Las palmeras son la especie que predomina, contando en la actualidad entre doce y trece ejemplares desde que llegó la primera. Con el tiempo, se fueron afirmando en el suelo abonado por años de constante trabajo con la tierra. En la zona se habían asentado tiempo atrás emprendimientos de hornos de ladrillos por lo que la tierra había perdido toda su riqueza natural, de allí el gran esfuerzo por devolverle su vitalidad perdida, con aboneras repartidas en distintos lugares del terreno. Al tiempo, el verde empezó a tener presencia de la mano de las palmeras junto a otras de las especies arbóreas que conviven en armonía, a veces algo apretadas porque el espacio no es muy grande. Pienso que deben sentirse queridas porque sobreviven desde hace casi cuarenta años y todo esto ocurre en una casa de ciudad de un suburbano abierto, pero ciudad al fin. “Las palmeras tienen algo misterioso y exótico. Tal vez sean sus hojas sensuales y ondeantes, su aspecto tropical o su reputación como símbolo de vacaciones y relajación” se explica en una página de internet, y es una descripción que encaja bastante con esta historia.

La palmera primigenia, llegó como regalo de un pequeño alumno, siendo yo maestra, allá lejos y hace tiempo cuando recién nos habíamos mudado a esta casa. Plantada primero en una maceta cuando sus dimensiones reclamaron un trasplante, elegimos



un lugar hacia los fondos del terreno y allí prosiguió su desarrollo. Costó mucho identificar la variedad a la que pertenece, porque existen más de una veintena y teniendo en cuenta las características de sus hojas, flores y frutos llegamos a la conclusión que reunía todas las condiciones para ser una Adonidia. Hoy tiene una altura que se la divisa desde la avenida resultando sumamente atractiva para el descanso, reparo y cobijo de una gran variedad de pájaros. Zorzales, horneros, chingolos, benteveos, y torcasas son visitantes habituales de este fondo que les ofrece además del alimento provisto por la misma naturaleza, algún suplemento dietario de migas y arroz. Si uno observa su comportamiento descubre que cada especie tiene predilección por ciertos alimentos y por algún árbol en particular. Los zorzales por ejemplo prefieren el Acer para hacer sus nidos, los chingolitos el jazmín amarillo y las palomas eligen las palmeras. Su tronco recto sin ramas, sus hojas, muy originales divididas en forma palmada que a medida que crecen se expanden y se van abriendo como un abanico unidas al tronco, ofrecen confort y seguridad a quien decida habitarlas.

Adentrándome en la historia que comienza en tiempo de navidad, una de esas ramas permaneció entreverada con otras por un cierto tiempo, el suficiente para que hicieran su nido una pareja de torcasas. Nunca estuvo visible hasta que quedó al descubierto cuando hicimos la limpieza de temporada en altura. Las ramas secas cayeron al piso y un nido cayó con ellas. Esta fue la parte dramática de la historia que tiene por suerte otras aristas. En el nido había dos pichones tan pequeños que cabían en una mano, lo que hace suponer que tendrían apenas unos pocos días de nacidos. Uno murió al poco rato. El otro sobrevivió. Nunca supimos qué fue de los padres, pero desde entonces hasta el momento de escribir este relato, nos convertimos en la familia adoptante de “Pipi”.

Hoy ya no está entre nosotros, pero los meses que compartimos fuimos todos muy felices. Como dije, y no encuentro otra palabra que defina mi sentir, una sensación ambigua me recorre el cuerpo mientras escribo; me duele su ausencia y el ir y venir de hipótesis acerca de su destino me altera en una mezcla de tristeza y resignación. Cuando imagino que encontró una pareja, que anidó y tuvo descendencia me pongo





alegre, pero cuando me asalta la idea que fue presa de alguno de los gatos que merodean el barrio o de algún ave rapaz de las que suelen surcar los aires de este vecindario quilmeño, una sensación de angustia me opriime el pecho.

Para entender cómo se pueden experimentar estos estados de ánimo me tengo que retrotraer al inicio del vínculo construido con este espécimen volador que con su aleteo llenó de aire fresco ese tórrido verano.

Caído de la rama, fue socorrido por manos expertas; qué mejor que una veterinaria en casa para medicar, alimentar, dejarnos indicaciones precisas y tratamiento a seguir con el sobreviviente Pipi. Igualmente, algo de azaroso tenía el proceso porque de la atención eximia de perros y gatos pasar al cuidado de un ave, hay una gran distancia. Lo exótico pronto dejó de serlo y la adaptación a las nuevas condiciones de crianza dio cuenta de la plasticidad de parte de los aprendices porque en esto todos lo fuimos. Pipi aprendió a comer papillas preparadas entre otros nutrientes con algo de lo que había en existencia en el stock de la doc, como alimento para gatos, hasta que le fue incorporando en su dieta diversas semillas.

La odisea se inició cuando llegó mi turno de “enchufarle” el alimento con una jeringa en el pico. Tenía que predisponerme de buen ánimo y largo tiempo para no morir en el intento. Obviamente ambos necesitábamos, pasado el momento, de una higiene a fondo para sacarnos él de sus plumas y yo de mi piel, todos los restos de papilla que pegoteaban nuestras respectivas superficies. El tema era que este ritual se tenía que repetir cada tres horas aproximadamente durante el primer mes y medio, con lo cual todo enero y parte de febrero, es decir la mitad del verano, mi tarea fue estar pendiente de Pipi. Parte de su asistencia era también asegurarle el calor que sus padres le habrían brindado en el nido, cubriéndolo con sus cuerpos. Ese papel lo jugó la bolsa de agua caliente o a veces botellas de plástico llenas de agua a temperatura adecuada que había que renovar cuando se enfriaba porque aún su cuerpo no la regulaba. Era una situación demandante como toda crianza de recién nacido.

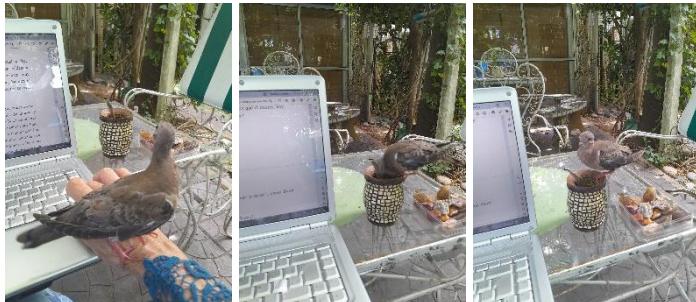
No me arrepiento, lo volvería a hacer otra vez porque mucho fue lo que me encariñé.





A medida que se alimentaba, por ley de la naturaleza, crecía y crecía y sus expresiones de vivacidad se empezaron a hacer más evidentes. Le habíamos preparado un hábitat confortable y en libertad en la galería de casa, que aseguraba su bienestar. Un canasto bonito con fondo de hojas y ramitas semejando un nido, la botella con agua tibia envuelta en tela, un bebedero, y cuando pasó a la etapa de las semillas, un comedero; una estructura de troncos y ramas simulando un árbol para que intentara sus primeros vuelos; en síntesis, ese hábitat confortable.

Todo esto recibió nuestro Pipi, multiplicado por las atenciones y cuidados profesionales de nuestra hija que le brindó tanto o más amor que yo. Lo más gratificante fue la devolución que nos hizo con reacciones y comportamientos que nosotros interpretamos como amorosos, aunque fueran respuestas condicionadas propias de su especie. Posarse en nuestras cabezas de manera sorpresiva, o en los hombros, o en las piernas. Caminar a la par nuestra por el fondo igual que lo haría un perrito, subirse al tendedero cuando colgábamos la ropa, hasta posarse en el borde del mate y picotearnos la yerba. Tal el grado de confianza que logró en nuestra convivencia.



A medida que cobró vigor y fuerza en sus alas, lo alentamos a que volara. Este aprendizaje cualquier ave lo logra en forma natural imitando a sus padres, pero los humanos caminamos, entonces lo primero que hizo fue caminar. Era muy gracioso verlo cuando me acompañaba en el ritual del riego del jardín cada tarde. Por eso lo incentivamos a que volara llevándolo de la mano y soltándolo cerca de ramas bajas



para que pudiera hacer vuelos cortos. Y lo fue logrando tal como los pequeños humanos cuando del gateo logran erguirse y dar sus primeros pasos. Pipi dio sus primeros vuelos y nosotros lo festejamos.

Malena se contactó con una protecciónista de aves, maravillosa persona, que nos ilustró sobre “usos y costumbres” de las torcasas que se vinculan con humanos, y así fue que nos enteramos de ciertos comportamientos que coincidían con los que íbamos descubriendo en Pipi.

Las salidas comenzaron a hacerse más frecuentes y prolongadas en el tiempo, pero siempre regresaba varias veces en el día al comedero, y al atardecer a dormir en el árbol artificial. Siempre dejábamos una rendija abierta de la puerta que da al fondo y había aprendido a entrar y salir de la galería por ese pequeño espacio. Hasta que un día, tal como nos había dicho la señora, vino con otra torcacita algo más pequeña. No pudimos saber el sexo de Pipi pero lo asumimos como macho por eso suponemos que la parejita era hembra, que con timidez acompañaba los tiempos de él observándolo a la distancia, comiendo luego de la tierra las semillas que le arrojábamos. Estas visitas habrán tenido lugar algunas pocas veces, hasta que un día nuestra ave no regresó.

Ese último día no actuó como de costumbre; pienso que de algún modo quería anunciarnos su partida porque estuvo haciéndonos compañía más tiempo del habitual. Esa mañana estuve escribiendo en la computadora con la presencia de Pipi explorando sus partes, ora el monitor luego el teclado para posarse finalmente en el borde de la pantalla como si quisiera supervisar mi escritura. Su firma de conformidad sobre el vidrio fue muestra de ello.

La espera se hacía larga y uno u otro de nosotros oteaba el cielo en busca de su presencia. Por un tiempo desaparecieron todas las torcasas de la zona y empezamos a buscar información acerca de las migraciones o hábitos temporales no encontrando muchas precisiones acerca de estos comportamientos.





Ya llegó el invierno, los días son fríos y más cortos y añoramos la compañía de nuestra torcaza. Hablo en plural porque se fue el cuarto integrante de la familia y se fue sin previo aviso y sin dejar huella. Sabemos que es natural que así sea siempre y cuando nada malo le haya ocurrido. Algunas torcacitas hemos vuelto a ver por la zona y cuando alguna está posada en los cables de las calles del barrio o picoteando la tierra de alguna vereda, nos surge comenzar un llamado como solíamos hacerlo con Pipi, pero esta vez sin respuesta. A veces miro a un lado y a otro pensando que el que me vea actuar así debe pensar que estoy extraviada. Lentamente nos hacemos a la idea que esta historia llegó a su fin y que fue para nosotros una experiencia privilegiada sobre todo porque amamos a los animales. Me reconforta pensar que tuvo una vida bonita aquí y sentir que todos los protagonistas fuimos felices. Fin de la historia.

Silvia Sunsi

26/07/2025

